

las manos. Ten presentes estas palabras en todas tus devociones, y en ellas guárdate mucho de sendas estraviadas; sigue el camino real y carretero por donde fueron todos los santos, aquel que abre el Evangelio, y el mismo Cristo nos enseña.

## DIA V.

## MARTIROLOGIO.

SAN PIO V, papa, del orden de Predicadores, en Roma, el cual dedicándose animosamente y con feliz éxito á restaurar la disciplina eclesiástica, á extirpar las herejias, y á destruir los enemigos del nombre cristiano, con la santidad de su vida y de sus leyes, gobernó la Iglesia católica. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA CRESCENCIANA, mártir, tambien en Roma.

SAN SILVANO, mártir, igualmente en Roma. (Créese que este Santo fué natural de Portugal.)

SAN EUTIMIO, diácono, en Alejandria, el cual murió preso por la fe católica.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES IRENEO, PEREGRINO, É IRENE, en Tesalónica, los cuales fueron quemados vivos.

EL TRIUNFO DE SAN JOVINIANO, lector, en Auxerre.

SAN ANGEL (ó ANGELO) presbítero, del orden de los Carmelitas, en Leucata en Sicilia, al cual hicieron tajadas los herejes porque defendia la fe católica. (*Véase su vida en las de este día.*)

SAN MAXIMO, obispo y confesor, en Jerusalem, al cual Maximiano Galerio César condenó á las minas despues de haberle hecho sacar un ojo, y quemado un pié con un hierro ardiendo. (S. Jerónimo habla con mucho elogio de este prelado, y dice que le sucedió en el episcopado S. Cirilo.)

SAN EULOGIO, obispo y confesor, en Edesa de Siria.

SAN HILARIO, obispo, en Arles de Francia, célebre por su santidad y doctrina. (Fué consagrado en 429, y habiendo congregado muchos concilios para contener los progresos del error, presidió en 441 el de Orange, en que fué depuesto Celedonio, obispo de Besanzon. Muchos y graves disgustos le acarreó su zelo, hasta que el papa S. Leon, convencido de su inocencia, prohibió el hablar contra de él. Sus escritos fueron en su tiempo la antorcha de las Galias, y una de las firmísimas columnas de la verdad. Murió en el año 449.)

SAN NICECIO, obispo, en Viena, varon de admirable santidad.

SAN TEODORO, obispo, en Bolonia, esclarecido en méritos.

SAN SACERDOTE, obispo de Ligüenza, en el mismo día.

SAN GERUNCIO, obispo, en Milan.

LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN, obispo y doctor de la Iglesia, tambien en Milan, el cual fué instruido en la verdad de la fe católica por S. Ambrosio, y bautizado en tal dia como hoy por el mismo Santo. (*Véase la noticia en las de hoy.*)

## SAN PIO V, PAPA Y CONFESOR.

EL santo papa Pio, quinto de este nombre, fué de la noble familia de los Gisleris ó Gisler, originaria de Bolonia, y nació el año de 1504 en Bosco, poblacion corta á dos leguas de Alejandria de la Palla, en el obispado de Tortona. Llamáronle Miguel en el bautismo, y el primer cuidado de sus virtuosos padres fué darle una educacion cristiana, en la que los dejó poco que hacer el devoto natural del niño, propenso por sí mismo á la virtud. Era apacible, modesto, dócil y amigo de complacer á todos. Casi desde la cuna profesó una tierna y ferviente devocion á la santísima Virgen, que fué parte de su distintivo ó de su carácter; y pocos siervos de esta Señora le escudieron en el fervor y en el zelo por todo lo que tocaba á la soberana Reina.

Crecia Miguel en edad, en juicio y en prudencia, cuando sus padres, poco favorecidos de los bienes de fortuna, pensaron en que aprendiese algun oficio con que poder mantenerse; pero eran muy distintos los intentos de la divina Providencia acerca de aquella grande alma. Apenas conocia Miguel al mundo, y ya pensaba dejarle; pues á los doce años de su edad resolvió hacerse religioso, para lo cual le facilitó los medios la misma divina Providencia.

Habiendo pasado por el lugar de Bosco dos religiosos de santo Domingo, tuvieron precision de detenerse algunos dias. Háblólos nuestro Miguel; y prendados del anticipado juicio, prudencia y capacidad del niño, é informados de sus piadosos deseos, se ofrecieron á llevarle consigo al convento de Voghere, y á darle estudios, si se inclinaba á abrazar su santo instituto. No podian hacerle oferta que fuese mas conforme á su devota inclinacion; y arrojándose á sus pies, les pidió con lágrimas que le cumpliesen la palabra, y le hiciesen aquella caridad. Con el consentimiento de sus padres partió en compañía de aquellos religiosos, los cuales conocieron desde luego que Dios destinaba para alguna cosa grande á su pequeñito ahijado. Hizo tan asombrosos progresos en las letras humanas y en la virtud, que cuanto antes se dieron prisa á vestirle el santo hábito. Recibióle á los quince años de su edad, y le enviaron al convento de Vigevano á tener el noviciado. A vista del fervor y de la perfeccion con que se portó en él, todos esperaron que la religion habia de tener con el tiempo en Fr. Miguel un insigne santo, y que seria sin duda uno de los mas brillantes ornamentos de la orden.



S. PIO QUINTO P.

No tardó en verificarse en parte este vaticinio; pues pudieron pasar por cierta especie de verificación los rápidos progresos que hizo en la virtud y en las ciencias. Apenas acabó los estudios, cuando le dedicaron al magisterio, que desempeñó con el mayor crédito; y habiéndole hecho prior de los conventos de Vigevano, Sancino y Alba, no mereció menos reputación su insigne talento para el gobierno. En todas partes restauró la disciplina religiosa, y en todas resucitó el primitivo espíritu de su santo Patriarca. En la felicidad con que promovió la observancia, tenían más parte sus ejemplos, que sus palabras. Era el primero en el coro, y en todos los actos de comunidad, sin persuadirse que sus estudios, su magisterio, y el zelo con que atendía á la salvación de los prójimos, eran títulos suficientes para eximirse de la disciplina regular. Humilde, pobre y grandemente mortificado, representaba en su persona una viva copia de los Pacomios, de los Hilariones y de los otros maestros de la perfección monástica.

La fama de tantas y tan eminentes virtudes le sacó presto de su amado retiro. Nombráronle por inquisidor de Como para el Milanés y toda la Lombardia; en cuyo importante empleo se señaló mucho su zelo, su prudencia y su virtud. Pero donde se hizo más visible el fruto de sus sermones, y donde principalmente sobresalió su vigilancia, fué en la Valtelina y en el condado de Chavanes, por ser allí donde estaba más extendido el veneno de la herejía. Fueron tantos los herejes que se convirtieron, que en poco tiempo mudó de semblante todo aquel país. La fama de estos sucesos movió á que le nombrasen por comisario general de la inquisición el año de 1551; y cuatro años después por vicario del inquisidor general. No es fácil explicar, ni lo mucho que hizo, ni lo mucho que padeció en este empleo. Apenas se declaró por azote de los herejes, cuando fué el blanco de su odio, de sus iras y de sus persecuciones; pero nunca le acobardaron ni los lazos que le armaban, ni los peligros á que estaba espuesta su vida: el zelo y la caridad mantenían su intrepidez, y el fruto que hacia le alentaba.

Bien informado de su mérito el papa Paulo IV, le hizo obispo de Nepi y de Sutri en Toscana, dos iglesias que gobernaba un solo obispo. A pesar de su humildad y de su resistencia, fué necesario obedecer. Aun brilló más su virtud en la dignidad de obispo, que en el retiro del claustro; y luego que el papa le trató un poco más de cerca le creó cardenal. Viéndose en esta elevada dignidad, se consideró con mayor obligación de ser más religioso, más mortificado y más humilde. Llamóse el cardenal Alejandrino, por ser Alejandría de la Palla la ciudad más inme-

diata al oscuro y desconocido lugar de su nacimiento; y el esplendor de la púrpura solo contribuyó á que se hiciese más visible su modestia, y brillasen más todas las otras virtudes.

Muerto Paulo IV, su sucesor Pio IV no hizo menos estimación de nuestro santo cardenal. Confirmóle en la suprema dignidad de inquisidor general, que le había conferido su predecesor; sirvióse de él en los negocios más importantes de la Iglesia; dióle todos los testimonios posibles de la más estrecha confianza, y le trasladó del obispado de Nepi y de Sutri al de Mondoví en el Piamonte, que tenía gran necesidad de un obispo como éste.

Enternecióse á vista del lastimoso estado en que encontró su diócesis; era un espeserial; mas á poco tiempo restauró la disciplina, y con la reformatión de costumbres introdujo la virtud. Tantas conversiones hacían su ejemplo, y su dulcísima suavidad, como sus palabras; no había resistencia á la modestia, á la vida ejemplar y penitente de un obispo tan grande, de un inquisidor general, y de un cardenal tan santo.

El año de 1565 murió el papa Pio IV, y fué colocado nuestro Santo en la silla de S. Pedro á solicitud de S. Carlos Borromeo. Apenas se había visto en la Iglesia de Dios elección de papa más universalmente aplaudida. El clero, el pueblo romano, y todos los príncipes de la cristiandad se prometieron desde luego las mayores bendiciones del cielo en su pontificado. Dió principio á su gobierno arreglando á su familia, para que sirviese de ejemplo á toda la corte romana; y habiendo persuadido á los cardenales á que ejecutasen lo mismo, se introdujo la reforma tan visiblemente en toda la ciudad, que en pocos días parecía otra. Obligó á los obispos á que residiesen, ó á que renunciasen sus obispados. Restituyó el culto divino á toda su majestad; hizo florecer en las comunidades religiosas la observancia y el fervor; desterró los desórdenes que se cometían en las tabernas, y en los figones; prohibió casi todos los espectáculos públicos; dotó las doncellas pobres para librarlas de los peligros, y sacó á muchas de ellas de su mala vida; restableció la exactitud y la integridad en la policía, y en la administración de la justicia, y publicó otros muchos reglamentos muy saludables para todo el clero secular y regular.

No se limitaba su solicitud pastoral á los términos del estado eclesiástico; toda la cristiandad esperó los efectos del zelo y de la vigilancia de su santo pastor. Animada y orgullosa la herejía con la rapidez de sus progresos, y sostenida por la licencia de los grandes, y por la ignorancia de los pueblos, hacia lasti-

mosos estragos en Alemania, en Francia y en los Países Bajos. No perdonó el santo papa á desvelos, cuidados, fatigas, arbitrios y diligencias para contenerlos. Envió legados á todas las cortes: despachó zelosos misioneros á todas las iglesias alligidas; y espendió todo el patrimonio de S. Pedro en socorrer á los príncipes, y en ayudarlos á reprimir los enemigos de la religion y del estado. A la vigilancia y á la solicitud de este santo pontífice deben la ciudad de Aviñon y el condado de Venesin el haber sido preservados de la herejía; y así la Francia como los Países Bajos no experimentaron menores efectos de su vigilancia pastoral.

Reconociendo Carlos IX que debía no menos á las oraciones del santo papa, que á las tropas y dinero con que le habia socorrido, las dos famosas victorias que consiguió de los hugonotes en la batalla de Jarnac y en la de Moncontour, le envió muchos estandartes. El duque de Alba confesó que se le debía la conservacion de Flandes; y en Alemania apenas se mantuvo la religion sino á costa del zelo y de la inmensa inagotable caridad de este gran Santo. Ni esta se apuró dentro de la Europa sola; estendióse hasta la América, hasta las Indias, hasta los últimos confines del Japon, donde así los misioneros, como los neófitos, se mantuvieron algun tiempo á espensas del heroico pontífice.

No es fácil imaginar zelo mas ardiente, mas puro, ni mas universal; no habia hombre apostólico á quien no animase con sus ejemplos, á quien no mantuviese con sus oraciones, á quien no alentase con sus socorros. Perfectamente instruido de la santidad y de la utilidad de la nueva Compañía de Jesus, no solo se declaró su protector, sino padre suyo. Admiraba su instituto; exaltaba continuamente los gloriosos trabajos de sus hijos; colmóla de favores, de gracias y de privilegios por cuatro bulas, que comprenden el mas noble elogio que se puede hacer de la Compañía.

Mas al mismo tiempo que trabajaba tan infatigablemente en conservar la fe dentro de Europa, y en estenderla por el nuevo mundo, no perdonaba á diligencia alguna para atajar los progresos que iba haciendo el enemigo comun del nombre cristiano. Luego que ascendió al sumo pontificado, envió cuantiosos socorros á la isla de Malta, para que se reparase de lo que habia padecido en el sitio que defendió tan gloriosamente contra Soliman II, emperador de los turcos. Habiendo su hijo el sultan Selim II, roto el tratado que se habia hecho con los venecianos, y apoderándose de la isla de Chipre, amenazaba á Malta, Vene-

cia, Sicilia y á toda la cristiandad. Llenóse toda de terror, sin descubrir otro mayor consuelo ni esperanza que la que fundaba en lo mucho que podian con Dios las oraciones del santo papa. No fué vana esta confianza de los fieles; porque habiendo juntado el pontífice sus fuerzas con las de los príncipes cristianos, agotó, por decirlo así, el tesoro de la Iglesia para tan gloriosa empresa. La armada otomana, compuesta de doscientas galeras, y de casi setenta fragatas y bergantines, habia echado el áncora en el golfo de Lepanto, persuadida á que la escuadra cristiana no tendria valor para salir de los puertos; pero engañóse, porque al amanecer del dia 7 de octubre comenzó á entrar en el golfo. El señor D. Juan de Austria que la mandaba, y Marco Antonio Colona, general de las tropas de la Iglesia, viendo que la armada turca venia á toda vela hácia ellos, dieron la señal de acometer, enarbolando el estandarte que habia recibido de mano de su Santidad.

Apenas se desarrolló la imagen de un crucifijo, que se registraba bordada en medio del estandarte, cuando postrada toda la escuadra cristiana la adoró profundamente, saludándola con grandes gritos de alegría; y hecha una breve, pero fervorosa oracion, se vino á las manos. El viento que favorecia á la armada otomana, se mudó de repente, y desde el principio del combate se declaró en favor de los cristianos. Mientras el santo Papa, como otro Moisés, levantaba las manos al cielo, las armas cristianas estaban consiguiendo la mas completa y mas gloriosa victoria que jamás se habia visto. Fué este glorioso dia el 7 de octubre de 1571. Perdieron los turcos mas de treinta mil hombres, con su general ó almirante Ali-bajá, y mas de trescientos vasos entre galeras y otras embarcaciones. Hicieronse cinco mil prisioneros, y cobraron libertad cerca de veinte mil cautivos cristianos; fué inmenso el botin, y el fiero enemigo del nombre cristiano quedó consternado y abatido. Despues de Dios se atribuyó toda la gloria de este famoso dia al santo pontífice Pio, que desde que salió de Roma el almirante Colona para hacerse á la vela, no habia cesado de afligir con nuevas penitencias su ya estenuado cuerpo al rigor de las enfermedades y de las mortificaciones, orando continuamente, y disponiendo que todos orasen en públicas rogativas por el buen suceso de las armas cristianas; y mientras el santo papa de dia y de noche derramaba torrentes de lágrimas en la presencia del Señor, en el mismo punto en que los cristianos triunfaban de los turcos le reveló el cielo en una especie de éstasis aquella grande victoria.

Estaba hablando su Santidad con algunos prelados en el palacio

del Vaticano, y á lo mejor de la conversacion dejólos de repente; abrió una ventana; fijó los ojos en el cielo; estuvo inmóvil un gran rato; volvió en sí de aquella suspension, y convirtiéndose á los prelados, les dijo: *No es tiempo de hablar de negocios: id luego á dar gracias á Dios por la célebre victoria que nuestra armada naval acaba de conseguir de los turcos:* y postrándose el santo Papa á los pies de un crucifijo, pasó en oracion lo restante de aquel dia. Hasta catorce dias despues no pudo llegar la posta; y sus pliegos acreditaron la verdad de la revelacion, y la puntualidad con que el cielo le habia anticipado la noticia.

Entre las oraciones públicas que mandó hacer en accion de gracias, la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen le movió á instituir una fiesta particular el dia 7 de octubre con el titulo de *nuestra Señora de la Victoria*, en reconocimiento de la que esta soberana Reina habia alcanzado de su Hijo en favor de los cristianos. Gregorio XIII, su sucesor, fijó esta fiesta al primer domingo del mismo mes, con el titulo de *nuestra Señora de la Victoria, y del santo Rosario*; cuya fiesta se celebraba ya antes con mucha devocion y solemnidad el dia 25 de marzo.

No sobrevivió mucho tiempo el santísimo Pontífice á esta célebre victoria, que tanto abatió el poder y el orgullo del imperio otomano, y llenó de tanto gozo á toda la Iglesia católica. Oprimido con la fatiga de sus apostólicos trabajos, estenuado al rigor de sus ayunos y escesivas penitencias, y consumido con los ardores de su zelo, tuvo algun presentimiento de su cercana muerte. Por el mes de marzo se le avivaron extraordinariamente los dolores de piedra, que le atormentaban muchos años habia; y reconociendo que se iba acercando su fin, dobló tambien su fervor. Quiso visitar por la última vez las siete iglesias de Roma, y lo hizo con singularísima ternura y devocion. Aunque se sentia tan malo, y padecia vivísimos y continuos dolores, no hubo forma de dispensarse en la abstinencia, ni en el ayuno de la cuaresma. Durante su enfermedad se reconcilió todos los dias; y celebró el santo sacrificio de la misa hasta que ya no pudo hacerlo. Mandó que le administrasen la santa unción, y se le oia repetir muchas veces: *Latatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Estoy lleno de alegría, sabiendo que presto hemos de ir á la casa del Señor. En fin, despues de una breve agonía, que pudo parecer especie de oracion, este gran Papa murió con la muerte de los justos el dia 1.º de mayo de 1572, en el sexto de su pontificado, y á los setenta y ocho de su edad.

Fué universal la afliccion y sentimiento, no solo en Roma, sino en toda la cristiandad. No hubo pontífice mas tierna, ni mas

generalmente llorado. Tanto como se afligieron los cristianos con su muerte, tanto la celebraron los turcos, porque le miraban como el mas terrible enemigo de la potencia otomana. Estuvo espuesto su santo cuerpo en la iglesia de S. Pedro por espacio de cuatro dias, en los cuales fué inmenso el concurso del pueblo que acudió á reverenciarle, y fué acompañada su devocion con muchos milagros.

Diez y seis años despues de su muerte el papa Sixto V hizo levantar un magnifico mausoleo en la iglesia de Santa Maria la mayor, y fueron trasladadas á él con grande solemnidad sus preciosas reliquias. Los muchos y grandes milagros que en vida y muerte ha obrado el Señor por intercesion de este gran siervo suyo, movieron al papa Clemente X á beatificarle solemnemente el dia 1.º de mayo del año de 1672; y finalmente la santidad de Clemente XI le puso en el catálogo de los Santos por la bula de su canonizacion, que espidió en 4 de agosto de 1711; acreditando bien la magnificencia con que en todas partes se celebró esta fiesta, la singular devocion y veneracion que todos los fieles profesan á este gran Santo.

#### LA CONVERSION DE SAN AGUSTIN.

Dos conversiones celebra la Iglesia sumamente parecidas por los sujetos convertidos, por las circunstancias de su conversion, y por el copioso fruto que de ellas resultó á la religion cristiana; que son la del apóstol de las gentes S. Pablo, y la del gran padre S. Agustin. Gozosa nuestra Madre por la adquisicion de estos dos heroes que tanto la han honrado con sus obras, con su santidad y con su doctrina, quiere proponerla á los fieles sus hijos, para que en ella vean un ejemplo práctico de las miserias á que nos espone nuestra flaca naturaleza, y los gloriosos triunfos que consigue de ellas el poder soberano y celestial de la gracia. No se contenta con presentarnos tantos mártires esforzados de uno y otro sexo que despreciaron valerosamente los tormentos mas horrorosos y la misma muerte por Cristo: tantos confesores, anacoretas, penitentes y vírgenes que vivieron en carne mortal con la misma pureza y santificacion que si careciesen de los estímulos de la concupiscencia rebelde; y últimamente, no se contenta con proponernos las santísimas vidas de Jesus y su Madre como regla de nuestras acciones y modelo de nuestra vida, sino que para consolar á los pecadores y avivar sus esperanzas, quiere esta Madre amorosa que veamos como los que han sido pecadores, y se vieron sumergidos



LA CONVERSION  
DE S. AGUSTIN.

en delitos, han llegado despues á ser vasos de santificacion y columnas las mas firmes de su doctrina. Esto se manifiesta claramente en la conversion prodigiosa de Agustino, cuya historia, para evitar repeticiones, puede verse sacada fielmente de sus mismas Confesiones, el dia 28 de agosto en que la Iglesia celebra su fiesta principal.

Toda la iglesia de España hace conmemoracion de esta festividad, por sollicitacion de la serenísima reina D.<sup>a</sup> Isabel Farnesio, que quiso que á imitacion de la religion agustiniana, que ya celebraba la conversion de su Patriarca desde el año de 1388, celebrase tambien su reino la gloria de una conversion que dió un maestro de la doctrina verdadera al orbe cristiano: un padre y protector á la Iglesia católica: un martillo á los herejes para su confusion y esterminio: una antorcha brillante á los concilios: una luz copiosa á todos los sabios: un vaso de eleccion, y un ejemplo de santidad heróica á todos los fieles de todos los estados en que está repartido el mundo.

**SAN ANGEL, Ó ANGELO, MÁRTIR, RELIGIOSO CARMELITA.**

**U**no de los mas gloriosos hijos que ha tenido el sacro Monte Carmelo, ha sido el insigne mártir S. Angelo, hombre en el sér, ángel en la pureza, y querubin en la sabiduría. Su concepcion fué anunciada á sus padres, aunque judíos naturales de Jerusalem, por la misma Reina de los Angeles; la cual apareciéndoseles cierta noche rodeada de resplandores les mandó que se bautizasen, asegurándoles dos hijos, *que serian dos lucientes candeleros en el templo del Señor, y dos olivas floridas en el Monte del Carmelo. Al primero llamareis Angelo; al segundo Juan: aquél será glorioso mártir; éste patriarca de Jerusalem; y siempre tendré á los dos bajo de mi amparo y tutela.*

A pocos dias de haber recibido el agua del bautismo, se sintió Maria ocupada, y á mediados de abril del siguiente año, que fué el de 1186 dió á luz dos hermosos niños, que luego hizo bautizar, llamando al primero Angelo, y Juan al segundo, conforme les habia ordenado y mandado la Virgen Santísima.

Desde luego fueron abstinentes; pues jamás tomaron el pecho sin conocida necesidad; y sus padres agradecidos al cielo, repartieron su hacienda á los pobres, profetizando que sus hijos tenian ya las riquezas del cielo por patrimonio y herencia. En efecto, quedaron Angelo y Juan huérfanos y pobres á la edad de cuatro años, aunque no desamparados; porque el patriarca de Jerusalem, á quien sus padres los encomendaron antes de mo-

rir, tomó á su cargo el alimentarlos y doctrinarlos. Aprendieron las artes liberales, saliendo en todas doctísimos, sobre todo en la sagrada teología, y lenguas hebrea, griega y latina, de suerte que en todas se aventajaban á todos á los diez y ocho años de su edad. Viéndose ya en esta edad, y que á su nuevo padre el patriarca se le acercaba la muerte, le pidieron con grandes instancias les hiciese dar el hábito de nuestra Señora del Carmen, en el convento de Santa Ana, donde habian sido enterrados sus padres; el cual efectivamente les fué dado el dia de la Natividad de la Virgen Santísima el año de 1204 con gran solemnidad y alegría suya, del santo patriarca, de los religiosos todos del convento, y edificacion del pueblo católico.

En el noviciado dieron evidentes muestras de virtud y observancia religiosa; por lo cual con gran satisfaccion y aprobacion de su maestro, y toda la comunidad, hicieron su solemne profesion el año siguiente de 1205. Deseaban con ansiedad los recién profesos vivir en soledad, por darse á Dios mas á solas, y así los mudaron luego al monasterio del Monte Carmelo por ser mas retirado. En este tiempo fué cuando el patriarca de Jerusalem S. Alberto, sucesor del que habia criado á nuestros Santos, dió nueva regla á los religiosos Carmelitas; y para mostrar que sus rigores no eran inobservables, como algunos juzgaban, previno el Señor á Fr. Angelo y Fr. Juan, que pareciéndoles pocos alcanzaron licencia del prior para añadir á los que la regla mandaba. Los ayunos que ella manda desde la Santa Cruz de setiembre hasta el dia de la Resurreccion cumplan con pan y agua. Los lunes, miércoles y viernes ayunaban á pan y agua, y los demás dias añadian unas yerbas rociadas con unas gotas de aceite; y volviendo por la Santa Cruz de setiembre á comenzar sus ayunos, tenian por gran regalo los domingos y jueves una porcion de legumbres, sin que jamás comiesen carne, ni leche, ni bebiesen vino, como los antiguos Carmelitas observaron. El hábito era muy áspero y tosco, y á raiz de las carnes traian una cota de hierro por camisa: su cama la tierra dura, y en sus indisposiciones una tabla con un poco de heno, y dos mantas, una para cubrirlo y otra para echar encima, mas por honestidad que por abrigo ó regalo. Dormian siempre vestidos, y nunca echados sino recostados; para que el quebrantamiento del cuerpo los dispartase á la oracion, en que tenian su mas florido lecho. Rezaban el oficio divino de rodillas, y despues con gran devocion todo el salterio, sin saber mas camino que desde el coro á sus celdas, si el prelado no les ordenaba otra cosa. En cuya fe comenzó S. Angelo á manifestar la virtud de hacer milágnos, que

le concedió el Señor, en todo semejante á la que antiguamente acreditó á sus santísimos padres, Elias y Eliseo.

Un dia fueron los dos hermanos, mandándose el prior, á cortar leña para el monasterio. Cayóse á Fr. Juan el hierro de la hacha en un estanque profundo, que recogia el agua de la fuente de S. Elias, su padre. Afligióse por ser prestado, y no tener los religiosos posibles para pagarlo. Su hermano Angelo, que le vió afligido, se puso en oracion, y luego tomó el astil, y aplicándole al agua (como en el Jordan hizo su padre S. Eliseo) vieron que andando el hierro, y subiendo contra su naturaleza, se encajó en el palo. Quedóse admirado Fr. Juan, pero Angelo le dijo, que diese gracias á Dios, y lo tuviese en silencio. Así lo hizo; pero Dios, que queria manifestar la santidad de su siervo Angelo, se lo reveló al santo prior de su convento, que á la sazón estaba en oracion; el cual, para gloria del Señor y edificacion de los demás, publicó la maravilla en el convento. Con estas penitencias y aspereza de vida, llegaron los dos santos hermanos al año de 1213, en que haciendo órdenes el patriarca de Jerusalem, el prior los envió (con otros religiosos) á ellas, aunque lo rehusaban humildes, reconociéndose por indignos del sacerdocio santo. No les bastó su humilde escusa; y así obedeciendo, salieron del monte, y le dieron vuelta, porque S. Angelo quiso visitar la cueva de S. Juan Bautista, especial devoto suyo; y así hubieron de pasar el Jordan, el cual venia tan crecido, por haber llovido mucho aquellos dias, que la barca estaba anegada; y mucha gente detenida, por no haber paso.

Tuvo Angelo lástima á los detenidos pasajeros; y puesto en oracion, al cabo de media hora se levantó, y vuelto al rio, le dijo animosamente: *Sagrado rio, por la virtud que en tí dejó Jesucristo, cuando se bautizó en tus aguas, por el poder de la Santísima Trinidad, y la intercesion de nuestro padre S. Elias, cuando con su discipulo Eliseo hirió con su melota tus aguas; te mando que des paso enjuto á estos religiosos, y fieles que están aqui detenidos.* ¡Caso maravilloso! al instante se dividió el rio, y dió paso enjuto y libre á todos los pasajeros. Divulgóse por todo el reino la maravilla, y fué causa de la conversion de muchos judios y sarracenos, y en S. Angelo de mayor humillacion, pues cuanto mas lo sublimaba el Señor, quedaba en sí mas abatido y confuso. Ordenáronse de sacerdotes los santos hermanos, y despues de algunos dias se partieron para su Carmelo. Vinieron por Belen, por visitar el santo pesebre, y llegando á la ciudad se conmovieron sus vecinos, y por la opinion que le seguia á Angelo de santo, le traian sus enfermos y necesitados, fiando

de su intercesion la salud. Entre los demás vino una mujer llamada Isabel, llorando la muerte de un hijo, que se habia muerto entre las travesuras de mancebo, y le pidió se lo resucitase. Escusábase el Santo, confesándose indigno de que por él obrase Dios tan gran milagro; pero ella con importunos ruegos y repetidas lágrimas hizo traer á su presencia al difunto, que habia dos dias que lo era; y era tanta la fe, que solo pedia tocarse el cuerpo con la punta de su capa, fiada en que solo con tocarla habia de resucitar su hijo. Enternecieron el corazon del Santo los clamores de la mujer, y los demás ayudaron con sus ruegos y lágrimas: hizo S. Angelo oracion, y aplicando la capa al difunto, al instante se levantó vivo con admiracion de todos los circunstantes. Echóse el mozo á sus pies, dándole las gracias por el beneficio, confesando que no solo debía á su intercesion la vida corporal, sino tambien la del alma, la cual habia perdido por sus juramentos y blasfemias.

Sucedió este milagro por la fiesta de la Epifanía, que habian concurrido á Belen muchos prelados circunvecinos, y multitud de gente, con lo que fué mayor su aplauso. No pudiendo sufrirlo su modestia, porque reconocia que el cuerpo peligraba entre las espadas, y el alma entre las alabanzas y lisonjas, pidió al Señor que le pusiese en seguro. Discurrió donde seria, y envióle Dios un ángel, que confirmándole en su propósito, le señaló el lugar de su habitacion, y se le ofreció por compañero en el camino, como á Tobias Rafael. Con este seguro y fiel compañero, y licencia que tenia (aunque oculta á los demás) de su prior, salió en compañía del ángel, que le guió al desierto de la cuarentena, no léjos de Jericó; y á imitacion de Cristo que lo consagró con su ayuno de cuarenta dias, estuvo en él S. Angelo por espacio de cinco años, tan retirado de toda humana conversacion, que ni monges ni seglares lo pudieron descubrir, por diligencias que hicieron; porque quien lo llevó á la soledad, lo encubria (segun dice David) en lo mas escondido de su rostro.

Pero si el Santo huía del mundo para evitar las aclamaciones de que en él era objeto, el Señor se las buscaba mayores en los poblados: y como la capa de su padre Elias, dejada á Eliseo, substituyó por su dueño, abriendo el Jordan milagrosamente; así la capa de Angelo, que se habia dejado en Belen (por no poderla sacar sin nota de sus compañeros) obró tantos milagros, que no solo sanaba enfermos de varias enfermedades, á quienes la aplicaba, como sagrada reliquia, sino es que resucitó siete muertos, cuyos nombres trae el patriarca Enoch, autor de su vida é historia, el cual refiere tambien, que los cinco, que eran